

á esconder su ropa, unir la religión y la política. Me-nester es reirse de todo eso por no llorar, y aún bajo esta risa hay lágrimas; acaba en fisga; recobra; recobra la tristeza profunda, la piedad dolorosa. En tal grado y en asuntos tales, ya no es más que un efecto de la costumbre y del propósito, una manía de la imaginación, un estado fijo de la máquina nerviosa lanzada á través de todo, sin freno y á toda velocidad. Cuidado, pues, con él; la alegría es aún resorte, el último en Francia que mantiene en pié al hombre, el mejor para conservar al alma su tono, su resistencia y su fuerza, el más intacto en un siglo cuyos hombres y hasta las mismas mujeres creíanse obligados á morir entre personas de buena sociedad con una sonrisa y tras un equívoco (1).

Cuando el talento del escritor halla así la inclinación del público, poco importa que se extravíe ó resbale, puesto que lo hace en la pendiente universal. No importa que se pierda ó se manche, no hace sino convenir más á su auditorio y sus defectos le sirven tanto como sus cualidades. Tras una primera generación de espíritus sanos hé ahí la segunda, cuyo equilibrio mental no es ya exacto. Diderot, dice Voltaire, es «un horno sobrado ardiente que quema cuanto cuece,» ó mejor, es un volcán en erupción que durante cuarenta años arroja ideas de todas clases y de todo género, hervidoras y mezcladas, metales preciosos, toscas escorias, sedimentos féti-dos; el torrente continuo se derrama á la ventura, según los accidentes del terreno, pero siempre con el rojo brillo y las acres humaredas de una lava ardiente. No posee sus ideas, sino que sus ideas le poseen á él; él las sufre. Para reprimir su ardor y sus extragos no tiene aquel fondo sólido del buen sentido práctico, aquel dique interior de prudencia social que en Montesquieu y hasta en Voltaire cierra el camino á los desbordamientos. Todo en él se desborda, fuera del cráter sobrado lleno, sin elección por la primera rendija ó quebraja que se encuentra, según los azares de una lectura, de una carta, de una conversación, de una improvisación, no en pequeñas bombas multiplicadas como en Voltaire, sino en largas oleadas de metal que ruedan ciega-mente sobre la más escarpada pendiente del siglo. No solamente descendiendo de este modo hasta el fondo de la doctrina antireligiosa y antisocial con toda la rigidez de la lógica y de la paradoja, más impetuosa y más estrepitosamente que el mismo de Holbach, sino que cae y se cuarteja en el cenagal del siglo que es la indecencia, y en la rodada del mismo

(1) Bachaumont III, 194, muerte del conde de Maugiron.

que es la declamación. En sus largas novelas desarrolla ampliamente el equívoco necio ó la escena lúbrica. En él, la desnudez no se encuentra ya atenuada por la malicia, ó cubierta por la elegancia. No es fino ni agudo, no sabe como Crebillon hijo, pintar alegres bellaquerías. Es un recién venido, un intruso en el verdadero mundo; en él veis un plebeyo, poderoso pensador, infatigable obrero y gran artista que las costumbres del tiempo introdujeron en una cena de vividores á la moda. Se hace en ella dueño de la conversación, dirige la orgía, y por contagio, para postres, dice él solo más licencias y sartas de «palabras obscenas» que todos los demás convidados. (1)

De igual manera, en sus dramas, en sus *Ensayos sobre Claudio y Nerón*, en su *Comentario sobre Séneca*, en sus adiciones á la *Historia filosófica*, de Raynal, fuerza el tono. Este tono que entonces reina en virtud del espíritu clásico y de la moda nueva, es el de la retórica sentimental. Diderot lo lleva al extremo hasta llegar al énfasis lacrimoso ó furibundo, por medio de exclamaciones, de apóstrofes, de ternuras, de violencias, de indignaciones, de entusiasmos, de relaciones á toda orquesta, en que el fuego de su cerebro halla respiro y aplicación. En cambio, de tantos escritores excelentes él es el único artista verdadero, un creador de almas, un espíritu en el que los asuntos, los hechos y los personajes nacen y se organizan por sí mismos con sus solas fuerzas, en virtud de sus afinidades naturales, involuntariamente, sin intervención ajena, de una manera propia á vivir para sí mismos y por ellos mismos, al abrigo de los cálculos y fuera de las combinaciones del autor. El hombre que escribió *Los salones*, las *Novelitas*, las *Conversaciones*, la *Paradoja del comediante*, y sobre todo, el *Sueño de de Alembert* y el *Sobrino de Rameau*, es de una especie única en su época. Por astutos y brillantes que sean los personajes de Voltaire, siempre son maniqués, su movimiento es prestado; siempre se encuentra tras de ellos al autor que tira del bramante. En Diderot este bramante está cortado; no habla por boca de sus personajes, estos no son para él bocinas ó figuritas cómicas,

(1) «Las novelas de Crebillon hijo, estaban de moda. Mi padre conversaba con la señora de Puisieux respecto de la facilidad de componer obras licenciosas: pretendía que no era cuestión sino de encontrar una idea chistosa, clave de todo lo demás, en que el libertinaje y la imaginación reemplazan al gusto. Desafióle ella á producir una de esta clase. A los quince días, llevóle «Las joyas indiscretas y cincuenta luises.» (*Memorias sobre Diderot* por su hija) *La religiosa* tiene un origen parecido; tratábase de mistificar á M. de Croismart.

sino seres independientes y sueltos, cuya acción les pertenece, cuyo acento es personal, que tienen en propiedad su carácter, sus pasiones, sus ideas, su filosofía, su estilo y su alma, algunas veces como el *Sobrino de Rameau*, una alma tan original, tan complicada, tan completa, tan viva y tan disforme que se convierte en la historia natural del hombre en un monstruo incomparable y en un documento inmortal. El lo ha dicho todo sobre la naturaleza, el arte, la moral y la vida en *El sobrino de Rameau*, por ejemplo, en dos opúsculos cuyo atractivo no se agota y cuyo sentido no se apura en veinte lecturas seguidas. Hallad en otra parte si es posible semejante empuje y tan gran obra maestra «nada hay más loco ni más profundo,» dice el mismo Diderot á propósito del *Sueño de de Alembert*. Hé ahí la ventaja de estos genios que carecen de imperio sobre sí mismos: les falta el discernimiento pero tienen la inspiración; entre veinte obras impuras, informes ó insanas escriben una que es una creación, mejor aún, una criatura, un sér animado, viable por sí mismo, cerca del cual los otros fabricados por las simples personas de talento, no son más que maniqués bien prendidos. Por esta razón Diderot es tan gran cuentista, un maestro en el diálago, en esto, el igual de Voltaire y con un talento enteramente opuesto, creyendo cuanto dice en el acto de decirlo, olvidándose de sí arrastrado por su propia narración escuchando voces internas, sorprendido por réplicas que de improviso se le ocurren, llevado como sobre las aguas de un río desconocido, por el curso de la acción, por las sinuosidades de la conversación que en él se desarrolla á su capricho, movido por el flujo de las ideas y la conmoción del momento hasta á las imágenes más inesperadas, más burlonas ó más magníficas, tan pronto lírico hasta proporcionar una estrofa casi completa á Musset como jocoso y ridículo, con escándalos nunca vistos desde Rabelais, siempre de buena fe, siempre á merced de su asunto, de su invención y de su emoción, el más natural de los escritores en esa edad de literatura artificial, semejante á un árbol exótico que trasplantado á un parterre de la época, se hincha y pudre en la mitad de su tronco, pero en el que cinco ó seis ramas extendidas al aire libre, sobrepujan á todos los tallares vecinos por la frescura de su savia y el vigor de su tallo.

Rousseau es también un artesano, un hombre del pueblo mal adaptado al mundo elegante y delicado, fuera de su centro en un salón, y además, mal nacido, mal educado, manchado por su villana y precoz experiencia, de una sensibilidad excitada y repulsiva, enfermo de alma y de cuerpo, atormentado por

facultades superiores y discordes, desprovisto de tacto, llevando las manchas de su imaginación, de su carácter y de su pasado hasta en su moral más austera y en sus más puros idilios.

«He encargado, aunque con repugnancia, al barón de Lederhielm, os llevara un libro que acaba de publicarse; es el de las infames memorias de Rousseau, tituladas: *Confesiones*. Parece que podrían ser las de un criado de baja estofa y hasta un estado más bajo aún, extremadamente tosco, lunático y vicioso de la manera más desagradable. Yo no vuelvo en mí del culto que le he tributado (porque tal era); no me consolaré jamás de que haya costado la vida al ilustre David Hume, quien, por complacerme, se encargó de llevar á Inglaterra á ese animal inmundos;» sin numen en lo demás, en lo cual es enteramente contrario á Diderot, confesando él mismo «que sus ideas se ordenan en su mente con la más increíble dificultad, que tal hay de sus períodos que dió vueltas y revueltas en su cabeza durante cinco ó seis noches antes de que pudiera pasar al papel, que una carta sobre el más insignificante asunto le cuesta horas de fatiga;» que no puede apoderarse del tono grato y ligero ni hallar resultado sino «en las obras que exigen trabajo,» como dice en sus *Confesiones*, parte I, libro III (1). En cambio, en un ardiente hogar, bajo el poder de esta meditación prolongada é intensa, el estilo incesantemente forjado y reforjado adquiere una densidad y un temple que no hay en ninguna otra parte. No se ha visto nunca, desde Labruyère, una frase tan llena, tan varonil, donde la cólera, la admiración, la indignación, la pasión, reflejadas y concentradas sobresalgan con una precisión más rigurosa y un relieve más acentuado. Es casi igual á Labruyère en el modo de llevar los efectos meditados, en el calculado artificio de los desarrollos, en la brevedad de los punzantes resúmenes, en la pesada, rigidez de las réplicas inesperadas, en la multitud de sus buenas salidas literarias, en la ejecución de todos esos escritos valientes, retratos, descripciones, paralelos, invectivas, en los cuales, como en un crescendo musical la misma idea variada por medio de una serie de expresiones cada vez más acentuadas, alcanza en la nota final ó sobrepuja todo lo que ella permite en energía y en brillo. Finalmente, tiene lo que á La-

(1) *Nueva Eloisa* y notablemente, la carta extraordinaria de Julio, 2.^a parte, núm. 15. *Emilio*, discurso del preceptor á Emilio y á Sofía al siguiente día de su casamiento. *Carta de la condesa de Boufflers á Gustavo III*, publicada por Geoffroy (*Gustavo III y la corte de Francia*).

bruyère le falta; sus párrafos se encadenan; escribe no solamente páginas, sino también libros. No hay lógica más contundente. Su demostración se enlaza malla tras malla durante uno, dos, tres volúmenes,

como una enorme red sin abertura en la que uno queda preso de bueno ó de mal grado. Es un sistemático que replegado en sí mismo y con los ojos obstinadamente fijos en su ilusión ó en su prin-



Pío VI

cipio, se hunde más en ellos cada día, devana una á una sus consecuencias y tiene siempre en sus manos toda la red. No la toquéis. Como una araña asustada y solitaria la ha urdido por entero con su sustancia propia, con las más caras convicciones de su inteligencia, con las íntimas emociones de su co-

razón. Al más pequeño choque se estremece y en la defensa es terrible, está fuera de sí, como puede verse especialmente en el *Emilio*, hasta venenoso por exasperación continua, por sensibilidad herida, encarnizado contra su adversario al que ahoga bajo los hilos resistentes y multiplicados de su tela, pero

más temible todavía á sí mismo que á sus enemigos, preso bien pronto en su propia red, como se observa en *Rousseau juzgado por J. Jacobo*, en su cuestión con Hume y en los últimos libros de las *Confesiones*, persuadido de que la Francia y el universo están conjurados contra él, deduciendo con una sutileza maravillosa todas las pruebas de esta quimérica conspiración, desesperado, al fin, por su novela sobrado aparente, y estrangulándose en la admirable sogá por él fabricada á fuerza de imagi-

nación y de lógica. Con semejantes armas se corre el riesgo de matarse, pero sí es poderoso. Rousseau lo fué tanto como Voltaire, y puede decirse que la segunda mitad del siglo le pertenece. Extranjero, protestante, original en temperamento, educación, corazón, imaginación y costumbres, filántropo y misántropo á la vez, habitante de un mundo ideal que construyó al revés del real, se halla en un punto de vista nuevo. Nadie siente tanto los vicios y los males de la sociedad presente; nadie está tan penetrado



Cardenal de Rohan

de la felicidad y de las virtudes de la sociedad futura. Por esta razón tiene dos armas contra el espíritu público, la una es la sátira, la otra el idilio. Cierto que hoy estas armas son menos poderosas; el cuerpo en que se esgrimían ha desaparecido; nosotros no somos ya los oyentes á quienes él se dirigía. Los célebres discursos sobre la influencia de las letras y el origen de la desigualdad, parécennos ampliificaciones de colegio; necesitamos esforzar nuestra voluntad para leer la *Nueva Eloisa*. El autor nos fastidia con su persistencia en la acidez, ó con la exageración de su entusiasmo. Es siempre extremado, tan pronto adusto y con el ceño fruncido, como lacrimoso y con los brazos levantados al cielo. La hipérbole, la prosopopeya y otros artificios literarios trabajan en él con sobrada frecuencia y de propósito. Sentimos tentaciones de ver en él, tan pronto á un sofista que se ejercita, como á un retórico que se

esfuerza, ó á un predicador que se entusiasma, es decir, siempre á un autor que sostiene una tesis, toma actitudes y busca efectos. En fin, exceptuando las *Confesiones* su estilo nos fatiga en breve; es harto estudiado y demasiado rígido. El autor es siempre autor y comunica este defecto á sus personajes. Su *Fúlia* se querella y diserta durante veinte páginas seguidas sobre el duelo, el amor y el deber con una lógica, un talento y unas frases que honrarían á un académico moralista. En todas partes lugares comunes, temas generales, sargas de sentencias y razonamientos abstractos, es decir, verdades más ó menos vacías y paradojas más ó menos huecas. El hecho circunstanciado más insignificante, anécdotas, esbozos de costumbres, nos parecería mejor; y es que ahora preferimos la elocuencia precisa de las cosas á la floja elocuencia de las palabras. En el siglo XVIII no era así, y para los escritores, ese estilo